

nes han podido variar en el modo, pero siempre se vé una operacion dolorosa y sangrienta en los órganos de la reproduccion, es decir, el anatema sobre las generaciones humanas y la salvacion por medio de la sangre.

“La teoría general de los sacrificios descansa sobre el dogma de la *reversibilidad*. Se creía (como se ha creído y se creará siempre) que el inocente podia pagar por el culpable; de donde se concluía, que siendo la vida la que llevaba en sí misma la culpa, una vida menos preciosa podia ser ofrecida y aceptada en lugar de otra. Se ofrecia, pues, la sangre de los animales; y á esta oblacion de una alma por otra alma los antiguos llamaron *alma sustituida*.

“Un galo, leemos en César, atacado de alguna enfermedad grave ó entregado á los peligros de la guerra, inmolaba hombres ó prometia inmolarse, no creyendo que podrian los dioses aplacarse, ni que se pudiese rescatar la vida de un hombre si no era por el sacrificio de otra.

“Los griegos y los romanos degollaban á sus prisioneros en derredor de las tumbas. Si faltaban prisioneros, los gladiadores venian á derramar su sangre, y si faltaba asimismo la sangre de estos desgraciados y la de los prisioneros, habia mujeres que á despecho de las Doce tablas se desgarraban las mejillas, á fin de satisfacer á los dioses infernales mostrándoles su sangre.

“El sacrificio de un hombre, dice la ley antigua del Indostan, regocija á la divinidad durante mil años, y el de tres hombres durante tres mil.

“Era preciso llevar á los sacerdotes del sanguinario ídolo de los mexicanos hasta veinte mil víctimas humanas por año; á falta de ellas, los mexicanos sacrificaban á sus propios hijos. No podian, decia Magiscatzin en un discurso á Cortés, formarse la idea de un verdadero sacrificio, si no moria en él un hombre por la salud de otros.

“Los sacrificios tan famosos de la antigüedad reconocian el mismo dogma. Decio tenia la fé de que el sacrificio de su

vida seria acepto á la divinidad para poder apartar, por medio de él, todos los males que amenazaban á su patria. “Es pues, constante que el hombre ha creído en la mancha de la sangre, y en la eficacia de una sangre derramada para la purificacion de otra sangre. Pero ni la razon ni la locura han podido inventar esta idea; menos todavía hacerla adoptar generalmente. Ella tiene su raiz en los mas hondos abismos de la naturaleza humana; y la historia no presenta sobre este punto ni una sola discordancia en todo el universo.¹”

Sin embargo, si los hombres conservaron en todas partes el símbolo del sacrificio, olvidaron al fin que no era mas que un símbolo; y en su ignorancia de la naturaleza de la falta que tenian que expiar, apreciando mal la causa de la insuficiencia de sus inmolaciones, corrompieron con abusos monstruosos una institucion divina, destinada á poner maravillosamente sin cesar ante sus ojos la imágen viva de su caida y la expiacion redentora que les habia sido prometida. En vano se purificaban en el bautismo de los *criobolos* y de los *taurobolos*; en vano hacian humear los holocaustos y correr arroyos de la sangre de las hecatombes, la marcha de la degradacion humana no se detuvo, el mal aumentaba cada vez mas en la tierra, y los desterrados del Eden no volvian á hallar una existencia nueva en la destruccion de todas esas existencias que sacrificaban todos los dias. Para ellos el cielo permanecia cerrado, y la justicia de Dios, lejos de aplacarse por la efusion abundante de sangre, se mostraba, por el contrario, vivamente irritada. “¿Qué he de hacer yo, decia el Señor por la boca del profeta Isaías, qué he de hacer yo de esta multitud de víctimas? Todo esto me desagrade. Yo no quiero los holocaustos de vuestros carneros, ni la grasa de vuestros rebaños, ni la sangre de las terneras y de las ovejas. No me ofrezcais mas sacrificios inútilmente; este incienso me es abominable.”

1 Aclaraciones sobre los sacrificios, *passim*.

¿Qué había sucedido, pues, en el hombre? ¿cuál era esa mancha tan odiosa que había contraído? ¿qué horrible veneno había inficionado tan profundamente su naturaleza?— La revelación evangélica arroja sobre este misterio los más tremendos resplandores. “Un hombre, dice Jesucristo, había sembrado la buena simiente en su campo; pero en tanto que dormía vino su enemigo á sembrar la zizafia entre el trigo, y se retiró. El que sembró la buena simiente es el Hijo del Hombre; el campo es el mundo; el buen grano son los hijos del reino de Dios, y la zizafia son *los hijos del espíritu maligno*; el enemigo que la ha sembrado es *el diablo*.¹” El evangelista añade que esto lo dijo Jesús para publicar las cosas que habían estado ocultas desde el principio del mundo. Pero en otra parte él habla todavía de este modo á los judíos: “Vosotros sois *los hijos del diablo*, y quereis cumplir los deseos de *vuestro padre*. Él ha sido homicida desde el principio, y no habiendo permanecido en la verdad, la verdad no está en él.”² El apóstol San Juan nos dice en el mismo lenguaje: “Aquel que comete el pecado es hijo del diablo, porque el diablo peca desde el principio. Para *destruir las obras del diablo* es para lo que el Hijo de Dios ha venido á este mundo. Cualquiera que es nacido de Dios no comete pecado, porque la simiente de Dios permanece en él. Esto es en lo que se distinguen los hijos de Dios de los hijos del diablo. No imiteis á Cain que era hijo del maligno espíritu y mató á su hermano.”³

Estos testos y otros muchos que pudiéramos citar, muestran evidentemente que la perversidad, innata en el hombre desde su caída, tiene en sí algo de diabólica. Nos hacen comprender por qué Cain fué rechazado por Dios desde su origen; por qué su posteridad ha estado como separada de la de Adam; por qué sus hijos, llamados hijos de los hombres, pues que viven según el principio malo de la carne, se dis-

1 San Mateo, cap. 13.

2 San Juan, cap. 8.

3 Primera Epístola de San Juan, cap. 3.

tinguen de los hijos de Dios, que viven según el espíritu; y concebimos cómo de la mezcla de estas dos razas pudo salir esa espantosa corrupción de toda la carne, que obligó á Dios á sumergir la tierra en un diluvio universal, y á disminuir la vida y las facultades de los hombres que había salvado, á fin de disminuir su poder para imaginar y cometer el crimen. Podemos también saber del mismo modo cuál es esa parte de hombres que el Evangelio llama el mundo, y á los que da por jefe al espíritu de las tinieblas, que viene á ser la viva personificación de todos los vicios. Más dichosos que Nicodemo, cuya sencillez y candor nos hacen, sin embargo, sonreír, nosotros comprendemos el sentido de estas palabras de Jesucristo: “*que nadie verá el reino de Dios, á menos de estar purificado por un segundo nacimiento.*”

¿Pero cómo renaceremos? Si todos los sacrificios son infructuosos, si Dios los repele como una ofensa, si toda la sangre vertida no ha podido lavarnos de nuestras manchas, dónde pondremos nuestra esperanza? “¿Qué puede purificar, decía Job, al hombre nacido de un seno impuro? ¡Vos solo, Señor!” Dios, pues, es quien puede salvarnos; tengamos confianza; él no nos dejará perecer sin recurso. Una voz se hace oír desde lo más alto de los cielos; un poderoso intercesor aparece: ved ahí la gran víctima. “Vos no habeis querido hostia ni oblación, pero me habeis formado un cuerpo. Los holocaustos y los sacrificios no os han sido agradables; entonces yo he dicho: Héme aquí; yo vengo, según lo que de mí está escrito, para hacer ¡oh mi Dios! vuestra voluntad.”

Cuando sobre la cruz plantada sobre el Calvario la augusta víctima hubo sido inmolada, el velo del templo se desgarró, las figuras desaparecieron ante la realidad; y se verificó una nueva revelación, que completó la primera y le dió su verdadero sentido. Se comprende fácilmente la insuficiencia de los sacrificios para borrar la iniquidad humana, cuando se vé que había sido necesario que el Hijo de Dios se encarnase y sufriese en su carne inocente para expiarla: se com-

prende que debia haber en el hombre más que una falta voluntaria, la cual Dios hubiese podido perdonar en virtud de los remordimientos y de la expiacion, y que la corrupcion contraida en el comercio con el espíritu impuro, pedia necesariamente una regeneracion divina.

Así la virtud que faltaba en la sangre de los toros y de las ovejas, la poseia la sangre derramada sobre la cruz: lo que no podian hacer los sacrificios figurativos, el verdadero sacrificio lo habrá de cumplir: la cruz acercará el hombre á Dios, expiará la falta, y producirá en el mundo un principio de bien suficiente para combatir el principio del mal. Cesemos pues, de mirar la cruz, á ejemplo de los judíos y de los paganos, como un escándalo y una locura; sepamos apreciar sus inmensos beneficios, y repitamos con San Pablo: "Hay ciertamente alguna cosa muy grande en este misterio de amor que se ha hecho ver en la carne; que ha sido autorizado por el espíritu, manifestado á los ángeles, predicado á las naciones, creído en el mundo, elevado á la gloria.¹"

CAPITULO X.

De que modo la cruz ha acercado el hombre a Dios.

Los cielos de los cielos están en el Señor, dice la Escritura, pero él ha dado la tierra á los hijos de los hombres. A esta morada, otro tiempo llena de delicias, donde reinaban la paz, la inocencia y la dicha, el Criador descendió para visitar á su criatura, fiel y pura, obra maravillosa de sus manos divinas. Pero cuando ella hubo preferido á estas celestes

¹ Ep. á Timot., c. 3.

comunicaciones las pláticas seductoras de la serpiente; cuando hubo bebido en la copa emponzoñada del mal, sintiendo luego que no era ya digna de Dios, huyó al oír que se acercaba, para ocultarse de su presencia. Entonces Dios llamó á Adam y le dijo: "Adam, ¿dónde estás?" Adam le respondió: "Yo he oído vuestra voz en el Paraiso, y he tenido temor *porque estaba desnudo*, y por eso me he ocultado." El Señor le hizo entonces salir del jardin de las delicias, y colocó á la entrada querubines que hiciesen centellear una espada de fuego para guardar el camino que conducia al árbol de la vida.

El rompimiento era, pues, completo entre el cielo y la tierra; ya en adelante no habia relaciones posibles entre ellos: el hombre habia caido bajo el poder de Satanás, le habia preferido á Dios, estaba unido á él, y por esta union su naturaleza trasformada no era ya aquella naturaleza pura y bella, objeto de las complacencias de su Autor: ella se revistió de alguna cosa tan odiosa, que de sí misma tenia horror; y Dios, encontrando sobre su obra la marca del espíritu del mal, se retiró: ninguna alianza podia ya existir entre su naturaleza divina y una naturaleza manchada por el contacto diabólico. La suerte del hombre culpable se encuentra entonces sometida á esta terrible alternativa. Dios puede ó aniquilar á su infeliz criatura, ó dejarla en la servidumbre que ella habia libremente aceptado. En uno ó en otro caso Dios obraba un acto de poder ó de justicia, pero en uno ó en otro caso Satanás alcanzaba la victoria, porque habia desconcertado la obra y los designios del Criador. El poder y la justicia se harán, pues, á un lado, y la misericordia sola obrará.

Dios conservará su obra y sus designios; todavía más; él sabrá encontrar en su mente divina y en los recursos de su amor, el secreto no solamente de vencer el mal, sino aun de hacer salir un bien infinitamente mas grande. Meditando así sobre la redencion divina un Padre de la Iglesia, conmovi-